

CLXXIX

Tangan ustedes mucho cuidado, les había dicho el padre Hilario, de no revelar al *bargello*, á su mujer ni á otro alguno nada del secreto que media entre Jerónimo, Fior d'Aliza, ustedes y yo : un gesto sólo haría que se perdiese, no sólo la vida, sino hasta la salvación misma de vuestro hijo, si es que debe morir.

Así lo habían prometido mi tía y mi padre ; pero prefiero dejar á mi tía que cuente á su vez lo que se dijeron y pasó después entre ellos y Jerónimo, cuando se volvieron á ver, porque yo no estaba presente.

CAPÍTULO VII

CLXXX

Echóse á llorar la tía, ocultando el rostro con su delantal y pasado un momento me dijo :

— Perdóneme, señor, sólo de pensar en ello se me llenan de lágrimas los ojos.

Póngase usted en nuestro lugar ; dos pobres viejos privados, uno de la luz y la otra de su marido y ambos de sus queridos hijos ; él, yendo á buscar á su hija que tal vez no querría seguirle de tanto como amaba a su primo ; yo, á ver mi hijo al pie del cadalso ó cuando mejor fuera á la puerta de un presidio ; y él y yo sin otro apoyo en una ciudad desconocida que el de un anciano, tambaleándose apoyado en su bastón, pidiendo limosna para nosotros de puerta en puerta.

Y así entramos en Luca ; yo rezando el rosario

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 2625 MONTERREY, MEXICO

detrás del hermano limosnero y mi cuñado guiado por su pobre perro.

CLXXXI

Al día siguiente de aquél en que nos dejó el padre Hilario en el rincón del pórtico del convento, vino á buscarnos para llevarnos á ver al condenado á muerte, con permiso del juez.

Trémulos de miedo é impacientes por el deseo de ver á nuestro querido hijo, entramos en el patio de la cárcel, en el cual al arrullarse las palomas parecía que lloraban como nosotros y se hablaban de amor como nuestros hijos.

El *bargello* y su mujer tuvieron la atención de no entrar con nosotros para no presenciar la desesperación de una madre y de un tío que venían á contar las últimas horas de aquel pedazo de su corazón.

Advertida Fior d'Aliza por el monje, tuvo el cuidado de no acercarse para evitar que al percibirnos nos echásemos locamente unos en brazos de otros; pero yo la veía que á su pesar se adelantaba para vernos por entre los pilares. ¡ Ah! su vista me produjo pena y placer á la vez. Sentí que mis piernas flaqueaban y sin los

hombros de mi cuñado en los cuales me apoyé, hubiera caído en tierra. El perro Zampoña que también la alcanzó á ver, comenzó á ladrar de contento, pero yo le retuve por su cadena y no tardamos en hallarnos delante de la reja abierta del calabozo de Jerónimo.

CLXXXII

El pobre muchacho nos esperaba: cuando nos vió se echó á los pies de su tío y á los míos pidiéndonos perdón de todas las desgracias que el ardor por defender á su prima y á nosotros había hecho caer sobre la casa. Su tío estrechaba su cabeza contra sus rodillas trémulas de emoción, y yo lloraba sin poder pronunciar sino su nombre en mis sollozos, teniendo sus manos entre las mías.

El perro, que había reconocido á su amigo, hacía por lanzarse sobre Jerónimo, ladraba con toda su alegría, y no pudiendo apoyarse, para lamerle, en sus dos patas, daba vueltas alrededor nuestro, lanzándose de nuevo inútilmente, hasta que Jerónimo lo abrazó también á su vez llorando. En fin, señor, aquello era una desolación en el calabozo, oyéndose más sollozos y la-

dridos que palabras. Al fin, el padre Hilario, no pudiendo contener su emoción, nos dijo también llorando :

— Siéntense sobre esa paja y hablen en paz : voy á apartarme por todo el tiempo que ustedes quieran, antes de la hora en que traen la sopa á los presos, y para que puedan ver al menos á aquella á quien la prudencia les prohíbe hablar aquí, me pasearé con ella bajo el claustro ; cada vez que pasemos ella y yo por delante del calabozo pueden contemplarla, y ella podrá abarcar de una mirada, sin volver demasiado la cabeza, todo cuanto ama en este mundo ; cuidado con hablarle sino con los ojos y con el ademán desde el fondo del calabozo, que ella no hablará más que con su silencio ; bastante tiempo os quedará de hablarle con la lengua si llevo á conseguir devolvedros la por la gracia de Dios ; sobre todo, que el perro no ladre ni se lance hacia ella contra la reja cuando pasemos por delante.

CLXXXIII

Hicimos lo que dispuso, y nada pudimos decirnos en tanto que no oíamos acercarse bajo el

claustro el ruido de las sandalias del monje y de los pasos ligeros de Fior d'Aliza.

Yo por mi parte me pegué á la reja y me comía con los ojos la cara de mi sobrina. ¡ Dios mío, que hermosa estaba ! ¡ pero también que pálida con aquel oscuro traje de llavero de cárcel ! Como el claustro era muy largo y el padre Hilario andaba pesadamente á causa de su edad avanzada, Jerónimo, su tío y yo hablábamos en tanto que los dos recorrían la distancia de un extremo al otro del claustro : hasta el perro parecía tomar parte y llorar realmente como yo, cuando miraba á Fior d'Aliza ó á Jerónimo. Únicamente mi hermano no lloraba, porque sus ojos secos no brotaban ya lágrimas, pero por lo mismo su corazón estaba más anegado en ellas.

CLXXXIV

Lo que hablamos los tres en aquellas dos horas en que el padre Hilario hizo durar, con gran fatiga suya, el placer y la pena, ¿ cómo podría decirlo ? Un día no bastaría para ello. Piense, pues, todo lo que puedan decirse cuatro personas que no forman más que una, y que ven el calabozo bajo sus pies y la muerte sobre su cabeza, por el

suplicio próximo de uno solo de ellos, amagando matar á todos de un solo golpe.

Jerónimo nos dijo que su felicidad, si debía vivir y su salvación eterna si había de morir, dependían de la negativa ó del consentimiento que le diéramos para consagrar antes de su último día su unión con su prima, *sorella* (hermana) como él la llamaba. Sabiendo cuánto lo quería ésta ¿cómo podíamos negarnos?

Nosotros le habíamos infundido la idea de que los esposos en la tierra volvían á encontrarse en el paraíso. ¿Y habríamos de negarle el permiso diciendo que no, el ciego y yo?

Expresónos con frases que le salían del corazón su contento y nos repitió lo que el padre Hilario le había dicho del permiso del Obispo.

CLXXXV

¡Oh! denle prisa, decía con las manos juntas, hagan que pronto cumpla lo prometido, para que pueda yo vivir en paz mis últimos días y que no me lleve mi desesperación á la otra vida.

Nosotros contestábamos sólo con nuestro llanto, que aumentaba cada vez que pasaba Fior d'Aliza.

La última vez que pasó por delante del calabozo no pude contenerme, y dije á media voz de manera que ella sola pudiera oirme :

— ¡Fior d'Aliza! ¿qué quieres de nosotros?

Inmediatamente me contestó sin volver la cabeza :

— ¡Él, ó morir con él!

.....
 Cuando salimos á la hora que nos había indicado el padre Hilario, la vimos que se alejaba de él corriendo para subir á su cuarto antes que nosotros dejásemos la cárcel. El *bargello* y su mujer no extrañaron ver nuestros ojos encarnados : estaban acostumbrados á oír sollozos en la prisión como nosotros lo estábamos á oír el susurro del agua en los manantiales.

CLXXXVI

Callóse la tía, diciendo á Fior d'Aliza : — Á ti te corresponde ahora hablar, solo tú sabes lo que pensabas mientras que nosotros nos consolábamos hablando así, la que podía ser última vez, con nuestro pobre Jerónimo. Vamos, habla al señor con confianza. Bueno es que abras tu corazón y saques de él todo lo que queda de lágrimas

para dejar sitio á la felicidad que vas á experimentar en el resto de tu vida.

— ¡Oh! ¡ Sí! Cuéntanos eso tú misma, añadió el ciego. Lo oiría todas las noches de mi vida sin cansarme de dar gracias á Dios por su misericordia con nosotros.

— Pues bien, dijo Fior d'Aliza; voy á obedecer, pero me avergüenza cómo una muchacha tan inocente y sencilla, cual yo era, pudo tener tanta astucia : ¡Oh! fui el ángel de la familia y del amor, no fui yo; pero, en fin, diré lo que fué de mí.

CLXXXVII

Cuando llegué á mi cuarto no me acosté. Ya lo supondrán ustedes. Arrojéme vestida en el lecho, cerré los ojos y recogí todas las fuerzas en mi pensamiento para inventar el medio de salvarnos juntos, ó de hacer que él se salvara en el último momento, engañándole y muriendo por él yo sola. Y he aquí lo que me dictó mi ángel al oído como si una voz clara y divina me hubiese hablado; porque, lo repito, no era yo quien discutía conmigo misma : mis labios estaban cerrados y la palabra de arriba me hablaba sin dejarme

responder y como si alguno me hubiera ordenado. Á lo menos así lo creía yo y por esto no dudaba de aceptar lo que la tal voz me decía.

Salvarse dejándote morir ó cautiva en su lugar, no es posible, decía la voz celeste : bien comprendes que jamás consentiría en ello, él que te ama tanto y que ha arriesgado su libertad y su vida por vengarte de los esbirros que te habían herido y roto la pata á tu perro. No, no hay que pensar en ello. Entonces, ¿qué hay que hacer? Porque no puedes hacer que se evada sino engañándole á él mismo.

Aquí la voz se interrumpió largo rato como uno que medita y después continuó :

— Sí, una vez que estéis casados, es preciso engañarle, haciéndole creer que debe marchar él primero, y aguardarte después en el sitio de la cita bajo el arco del puente, al pie de la montaña donde encontraste la boda de la hija del *bargello*, hasta que vayas á reunirte con él por otro camino un poco antes de anochecer, y partáis juntos por senderos extraviados á la falda de la montaña para salir de los estados de Luca y alcanzar antes del día las fronteras de los estados de Toscana, en las Maremmas de Pisa. Entonces quedáis en libertad y os ajustaréis los dos con los propietarios de un *podere* (quinta) para segar él, y tú como

agavilladora, ó bien él como leñador y tú como recogedora de haces de leña en los bosques. Para ello, ¿qué tienes que hacer? Desde mañana es preciso acabar de serrar una barra de hierro de la reja que hay detrás del altar de la capilla de los presos, de manera que no quede sostenida más que por un hilo para que con una ó dos limaduras más puedas hacerle caer hacia fuera en el plantío de árboles de la cárcel, y que por el desagüe abierto en aquel sitio, al pie de la claraboya y que atraviesa las fortificaciones de la ciudad, se encuentre Jerónimo fuera de los muros, libre en el campo... ¿Y tú por qué no le has de seguir? me dijo la voz, ¿y por qué prefieres morir en su lugar antes que arriesgar la libertad siguiéndole en su fuga?

¡Ah! me respondió la voz en mi conciencia, es que si yo me huyese con él, el *bargello* y su mujer, tan buenos y hospitalarios conmigo, quedarían perdidos, y se les acusaría seguramente de haber sido sobornados por nosotros con dinero para engañar á la justicia, y lo menos que podría sucederles sería la deshonra, la cárcel, y quien sabe talvez si cadena perpetua por premio de su caridad hacia mí: mal por bien, la ruina y la cárcel por un buen impulso de su corazón. ¡No! ¡antes morir que salvar mi vida á costa de

semejante crimen! ¿Y cómo gozarías tú en paz de la libertad y de tu dicha con Jerónimo, al pensar que otros derramaban tantas lágrimas de dolor eterno como podías tú derramar de felicidad en los brazos de Jerónimo? Y él mismo tan justo y tan bueno, ¿podría vivir de la muerte de otro? No, mil veces no; preferiría morir.

CLXXXVIII

No había otro remedio sino engañarlo para salvarlo. Yo le diré: Huye; he preparado los medios para que la noche que te pongan en capilla puedas hacerlo; en seguida iré yo á reunirme contigo. Y en esto pensaba la verdad porque muerta ó viva no tardaría en verme junto á él.

Quedó, pues, decidido que le engañaría para no faltar á la lealtad debida al *bargello* y á su mujer.

— Cuando se halle libre, continuó la voz, te vestirás el sayo y la capucha de los penitentes, que él habrá dejado en la capilla al huir, y volverás á su calabozo antes de amanecer para ocupar su lugar, á fin de que los esbirros te conduzcan al suplicio, creyendo que llevan al asesino del capitán: marcharás en silencio delante de ellos, seguida de los penitentes negros ó blancos

de toda la ciudad que rogarán á Dios por ti ; y cuando hayas llegado al lugar del suplicio, morirás pronunciando su nombre, feliz en dar tu vida por la suya.

Esto fué exactamente, señor, lo que el ángel me dijo, y lo que yo no habria inventado en toda mi vida por mí sola. Yo era demasiado simple y tímida, pero el ángel del amor conyugal inventa otras muchas cosas. ¡ Oh ! bien lo comprendi después que fui su mujer.

CLXXXIX

Dormíme, después de este milagro, como si una mano divina hubiese tocado mis párpados y calmado mi pobre corazón.

Tenía tomada la resolución de nada decirle hasta el momento en que el Príncipe, á quien se esperaba en Luca hubiese llegado y ratificado ó aplazado la ejecución. Ésta era nuestra última esperanza.

¡ Ay ! pronto supe la triste realidad : al día siguiente me dijo el *bargello* cuando me dirigía á hacer mi servicio al patio, poco después de despertarme, que el Príncipe acababa de escribir á su ministro que no se le esperase, porque se ha-

bía detenido en Bohemia con motivo de una carcería.

Todo se habia perdido : mis piernas casi se negaron á sostener mi cuerpo y una palidez mortal cubrió mi cara ; afortunadamente el *bargello* no notó el efecto que en mí habia hecho la noticia, porque todavía no habia mucha claridad en el vestíbulo por donde pasábamos. Creeria que estaba medio dormida aun ó que la vuelta del Duque me era tan indiferente como el aplazamiento del suplicio del homicida.

CLXL

Entré en el patio y corri al calabozo de Jerónimo ; ya estaba allí el padre Hilario, el cual habia ido á anunciarle que no habia esperanza de gracia por la ausencia del Duque, que queria cazar faisanes en Bohemia, y que para dentro de tres días habia sido fijada la ejecución. Recibióle su última confesión y le prometió llevarle el Sacramento del Matrimonio, y el de la Eucaristía con el de la Extrema-Unción la vispera de su muerte. Luego, volviéndose á mí, que estaba medio muerta :

— Os uniré, nos dijo, hijos míos, mañana an-

tes de la noche; quedaréis unidos por un día y separados al siguiente por un poco de tiempo. ¡Qué la eternidad os consuele del triste día que os espera! Voy á llevar la desesperada nueva á vuestros padres. Acompáñame Fior d'Aliza, para que la noticia no los mate.

CLXLI

Yo no estaba ya triste porque recordaba lo que el ángel me había dicho en la noche. Seguí al monje con la licencia del *bargello* hasta el vecino convento, y antes de que el buen anciano moviese los labios, hice un signo á mi tía dándole á entender que no se verificaría la ejecución, lo que ella dijo al oído de mi padre sin que el monje lo percibiese. Después recibieron la noticia fatal con la aparente resignación de los que ponen toda su confianza en el cielo.

Dijoles también el padre Hilario que al día siguiente vendría á buscarlos en secreto, antes que amaneciera, para ante ellos darnos la bendición nupcial.

Mezelé mis lágrimas con las de mi tía, besé mil veces á mi padre y me volví con el anciano monje á la cárcel. ¡Qué día aquél, señor! ¡Y

cómo hubiera deseado á la vez acortar y aumentar las horas! Las unas para morir en seguida é irle á esperar al paraíso y las otras para darle la libertad y la vida sacrificándole la mía.

CLXLII

En fin pasó aquel día. No sé por qué no me atrevía á acercarme mucho al calabozo de Jerónimo, en el cuál me esperaba éste sin querer llamarme.

No sentía hambre ni sed y dije á la mujer del *bargello* que me hallaba algo enferma, para evitar sentarme con ellos á su mesa. Tampoco dormí, pero recé toda la noche rogando al ángel de mi guarda y á mi santa patrona que intercediesen con Dios á fin de que todo saliese como yo pensaba.

Mucho tiempo antes que la luz del día iluminase la cimera de las montañas de Luca, lavé en mi cara las trazas de las lágrimas y peiné mis rubios cabellos mirándome al espejo á la luz de la lámpara, para que á lo menos aquel día pareciera más bella al que iba á ser mi marido.

Hay que convenir, tía, en que las mujeres, aun

cuando vayan á morir, desean dejar un agradable recuerdo en los ojos de los que aman.

CLXLIII

Tres ó cuatro veces seguidas subí y bajé la escalera de la torre como si esto acortase el tiempo, dirigiéndome hacia la puerta de la calle, deseando escuchar los pasos lentos del padre Hilario y los ligeros del monaguillo. Por fin llegaron, y el padre Hilario iba á llamar cuando yo lo evité abriendo la puerta.

Puse un dedo en mis labios para que el anciano y el niño no despertasen al *bargello*; tal confianza tenía éste en mí que me dejaba la llave del patio. Hicelos entrar y atravesamos sin ruido el patio de la prisión; el sacerdote, el monaguillo y yo penetramos en el calabozo de Jerónimo. Yo, que iba detrás, incliné la cabeza sobre el pecho.

Jerónimo temblaba como yo y nada me dijo. El padre Hilario abrió la puerta del corredor que comunicaba á la capilla. El monaguillo encendió las velas y comenzó la misa.

Mi padre y mi tía, que habían entrado en la capilla al mismo tiempo que nosotros, por la puerta exterior, fueron los únicos testigos de

aquella escena. Después de alzar, el sacerdote nos indicó que nos acercásemos, y extendiendo sobre nuestras cabezas un velo negro, deslizó en nuestras manos dos anillos y dijo en voz baja disimulando su emoción :

— Amaos en la tierra, hijos míos, para amarnos después en el paraíso; yo os uno por toda la eternidad.

Jerónimo se levantó temblando, se apoyó en la pared y volvió á caer de rodillas. El monaguillo que creía que él temblaba por su próxima muerte echóse á llorar. El padre se apresuró á despojarse de sus hábitos de sacerdote, y me llevó fuera del patio antes que alguien se despertase en la cárcel; abrió la puerta de la calle.

Subí lentamente á mi habitación, caí de rodillas al pie de mi cama, dando gracias á Dios por haberme concedido vivir un día *sposa* de Jerónimo

CLXLIV

En todo el día salí de mi cuarto. El *piccino* hizo el servicio de los presos, él mismo llevó de comer al asesino, aunque éste, según me dijo, no había probado bocado de los exquisitos platos que le prepararon, y estaba mudo como una esta-

tua. Los hermanos penitentes fueron varias veces á recitarle en el patio las oraciones de los agonizantes; la última vez abrieron la puerta y le dijeron que la religión se hallaba dispuesta á perdonar á todo el mundo, y que si quería arrepentirse y morir como un buen cristiano, se pusiese al día siguiente el hábito de la cofradía para marchar al suplicio, á donde todos los penitentes le acompañarían rogando á Dios por su alma.

Este traje que se pone encima del que uno lleva parece una mortaja, cubre manos y pies y arrastra por tierra; bajando su capuchón, que tiene dos agujeros que quedan enfrente de los ojos, se halla la cara completamente cubierta.

Jerónimo, á quien yo había enterado de esta costumbre, aceptó el traje, dando las gracias á los penitentes. Quedó solo; la oscuridad se extendía por el patio y yo entré en él á escondidas antes que lo cerrase el *bargello*.

Creo éste que por la debilidad propia de mi juventud me había de ser demasiado sensible la vista de un hombre en capilla, y pensaba que por esta causa me había encerrado en mi cuarto

CLXLV

Sin embargo, yo había prometido á Jerónimo que pasaría á su lado la última noche, sin temor de ser descubierta, pues no debía separarse de mí sino ya salvo, ni nadie vería mi cara sino después de muerta en su lugar.

Al decir esto Fior d'Aliza, sus ojos cayeron involuntariamente sobre la cuna en que su encantador niño dormía sonriendo con los ángeles.

— Tan pronto entré en el calabozo de Jerónimo, apagóse la lámpara y todo quedó en la oscuridad. Sentámonos sobre la paja que le servía de lecho, me abrazó por la primera vez sin que yo pusiese resistencia, y la noche de nuestras bodas comenzó con esas palabras que se hallan ocultas en el fondo del corazón, que no se pronuncian sino una vez y que se recuerdan toda la vida.

Noche terrible, en la que nuestras lágrimas eran enjugadas por los besos, y nuestros besos interrumpidos por las lágrimas. ¡Ah! nadie como yo ha experimentado el sentimiento del amor y de la muerte confundiéndose y mezclándose de tal modo que el amor luchaba con la muerte y la